El Orgullo de ser Hispano

Por

Víctor Saltero

Dedicado a Gonzalo Sánchez-Cervera Serrano, el cual está en el inicio de una estupenda juventud, pero que pronto comenzará a andar el camino que le convertirá en un joven adulto del que todos los que le queremos nos sentiremos orgullosos.

Es evidente que las personas de ascendencia hispana en América tienen un profundo complejo de inferioridad con respecto a los de ascendencia anglosajona. Esto es un hecho que se detecta especialmente dentro de la sociedad norteamericana. Pero, ¿tiene justificación ese nocivo sentimiento? ¿Realmente es superior la sociedad anglosajona a la hispana?

Si usted continúa leyendo podrá comprobar que no existe razón alguna para ese complejo, el cual, en todo caso, debería ser al contrario. Sólo la potente manipulación de la historia realizada desde el mundo anglosajón lo hace posible, como a continuación podrá ver.

Pero antes de continuar voy a comenzar con una afirmación. En algún momento de los próximos cincuenta años en los Estados Unidos habrá un presidente, hombre o mujer, de origen hispano, y el español se terminará convirtiendo en idioma oficioso en ese país junto al inglés. Aclaro lo de oficioso porque en USA, salvo en algún estado, no existe un idioma oficial aunque de hecho lo sea el inglés.

No, no estoy jugando a vidente. Existen poderosos motivos para ello e, incluso, quizá haya dilatado demasiado la fecha de esta predicción. Sucederá como resultado de la demografía y de la economía consecuencia de ella, la cual llevará a la realidad ese pronóstico por los motivos que a continuación expongo.

Precisemos para empezar, como todos sabemos, que los cargos políticos en USA se alcanzan con los votos de los ciudadanos —igual que en otros muchos países— y, actualmente, los hispanos son la mayor de las minorías en ese país, por encima de asiáticos y afroamericanos.

Por otro lado, otro dato importante a tener en cuenta por su repercusión futura es que los hispanos tienen un mayor número de hijos que los ciudadanos de ascendencia anglosajona, por tanto cada día aumentan su peso político según acrecientan su número. Por esto, antes o después, aparecerá un aspirante a la presidencia que, necesitando ganarse al electorado hispano que actualmente se siente despreciado en USA, prometerá expandir en Norteamérica el idioma español con el fin de captar sus votos.

Sigamos reflexionando sobre este asunto. Por todos es sabido que hoy, en el escenario geopolítico mundial, tenemos a China, y en el futuro también la India, como la nación competidora de USA como próxima superpotencia. Ambas gozan de una excelente ventaja para lograrlo. Dicha ventaja consiste en que aquellas superan con mucho a ésta en demografía. Mientras Estados Unidos tiene unos 320 millones de habitantes, los otros dos países 1.400 y 1.100 millones respectivamente. Esto es mucho más trascendente de lo que se pueda pensar porque, cuando las clases medias sean las mayoritarias en esas

dos naciones asiáticas, el enorme número de consumidores disparará el consumo interno y con él su producto interior bruto (PIB)

Por otra parte, como saben, la superficie de China es similar a la de USA; y la India menor que las otras dos. Por lo que, considerando este factor, podemos establecer que Estados Unidos está muy deshabitado en comparación con aquellas, lo que dificulta y limita su potencial de crecimiento futuro en relación con el de las dos potencias asiáticas.

Las posibilidades económicas de un país nacen, en gran medida, como producto del número de personas que lo habitan usando la misma moneda y reglas. Es decir, existe una fuerte correspondencia entre el número de habitantes y las posibilidades de crecimiento de una economía razonablemente gestionada. Es imposible que una nación con poca población sea una gran potencia. USA, con mucha diferencia, es demográficamente la menor entre estas tres grandes. Por tanto necesita, para poder aspirar a tener un futuro vigoroso de su economía y continuar siendo fuerte e influyente, de una emigración activa y numerosa que le acerque en demografía a las otras dos grandes potencias.

Es cierto que hasta ahora esto no había sido un tema de preocupación para Estados Unidos porque esas naciones que podían hacerle sombra estaban en la ruina, producto de sus convulsiones políticas y de su atraso social. USA era el país del mundo con la clase media más numerosa. Pero ahora han cambiado y evolucionado esas dos grandes naciones asiáticas y están creando clase media a gran velocidad, lo que hace prever que en unos decenios superarán a Norteamérica en potencial económico, del que emerge el predominio global.

Pero este país tiene un grave problema para conseguir resolver su déficit demográfico con población de su mismo idioma. Las de origen anglosajón no están en disposición de aportar emigración a USA, ni lo estarán como mínimo durante todo este siglo. Canadá, Australia y Nueva Zelanda están casi deshabitados. Reino Unido tiene una población envejecida y decadente, más atenta a vivir de los subsidios del gobierno que en aportar algo a la sociedad. Y no existen otras naciones importantes de habla inglesa a las que recurrir para estos efectos migratorios que posean una cultura similar a la de USA, cuestión imprescindible para evitar los grandes trastornos sociales que significaría, por ejemplo, si la emigración dominante fuera asiática o africana. No es una cuestión de racismo. Es una cuestión de similitudes culturales que son las que permiten integrar al emigrante, en un tiempo razonable, en la sociedad que los necesita y con el menor trauma posible.

La única opción que tiene Estados Unidos a estos efectos la encuentra en la América hispana y Brasil, pues el origen cultural predominante de los habitantes de estas zonas geográficas también, como el de ellos, es europeo y

cristiano aunque los idiomas sean diferentes. Estas características comunes básicas nacen de la cultura occidental que comparte toda América.

Es evidente que Estados Unidos necesitará al mundo hispano, en el futuro inmediato, mucho más de lo que el mundo hispano necesitará a Estados Unidos si este país desea seguir siendo una superpotencia.

Siendo más preciso. Para sobrevivir como gran potencia Estados Unidos tendrá que plantearse cuanto antes liderar un amplio programa de emigración desde el sur hispano, y dicho programa deberá estar cuidadosamente organizado para evitar efectos secundarios no deseados, como sería la formación de guetos. Y es más, ese programa será el inicio, y creará la adecuada mentalidad, para que durante el siglo XXII se ponga en marcha un nuevo proceso político que impulse la creación de unos Estados Unidos de toda América, incluyendo a Brasil, pero sin la capitalidad en Washington, pues esta unión no puede ser percibida en términos de "vencedores y vencidos". Esto sólo se podrá conseguir desde el respeto de los matices culturales e historia de cada país actual, y todo ello dentro de una Constitución consensuada. Es la única fórmula existente para evitar que América deje de tener peso en el mundo y todo el poder global termine concentrado en Asia.

Así que llegados a este punto una de las primeras preguntas a responder es: ¿sería factible en el futuro una sociedad compartida entre hispanos y anglosajones?

Inicialmente una de las mayores dificultades para conseguir este objetivo unionista lo supone el ataque sutil y destructor que de la identidad y cultura hispana está realizando sistemáticamente el mundo anglosajón americano desde hace años, algo que en su día ya efectuaron con los indígenas de América del norte.

El objetivo de dicho ataque es borrar la identidad cultural hispana y, en última instancia, conseguir que los mismos hispanoparlantes se avergüencen de ella. De hecho, es tanto el daño que ya se está ocasionando a esta identidad cultural que incluso están logrando que muchos niños hispanos crezcan con una percepción negativa de sí mismos.

Una parte esencial para que esta estrategia funcione consiste en borrar la identidad cultural histórica de un pueblo a base de acuñar nombres para identificarlo que faciliten disolver y arrancar sus raíces culturales. Los anglosajones están lográndolo con los hispanos cuando, hace unos decenios, crearon y popularizaron el término "Latinos" para identificarlos. Dicho término, como verá a continuación, no solo es históricamente incorrecto, sino que tiene un potente matiz racista y excluyente, y los hispanos tienen mil razones para revelarse contra esta denominación. Explico el por qué.

Para empezar sepamos que es un latino. Los latinos eran una de las tribus, junto con sabinos y etruscos, que conformaron hace más de tres mil años Roma. Con el paso de los siglos ésta ocupó la mayor parte de Europa, también el oriente asiático y el norte de África. Esto duró varios cientos de años, así que los pueblos de origen latino terminaron siendo los habitantes de múltiples zonas geográficas. Entre otras las actuales España, Francia, Italia, Rumania, Moldavia, San Marino, e, inclusive, el centro y sur de Reino Unido (su capital Londres, con el nombre de Londinium, fue fundada por los romanos), así como una larga lista de otras poblaciones y países de tres continentes.

Ahora bien, es interesante precisar que el americano de habla española es en su mayoría originario de España, llegado a América en una época donde Roma ya había desaparecido hacía más de mil años, e incluso la población española había absorbido otras culturas como eran la visigoda, goda e, incluso, musulmana. Es decir, sus raíces latinas quedaban muy diluidas en el tiempo y la sociedad española de 1492 era el resultado de un mosaico cultural. A su vez, cuando llegaron a América, muchos de ellos se mezclaron con los nativos, los cuales no tienen ni una sola gota de sangre latina. Así que dicho término es de difícil aplicación al hispanoparlante. Lo acuñaron los anglosajones con la pretensión de borrar la ascendencia real de los hispanos de América, la cual es, básicamente, española y nativa. Así que, usando de forma despectiva un vocablo que no le es de aplicación, consiguen generar confusión e inseguridad cultural sobre sus orígenes.

El término “Latino” sería de más correcta aplicación a italianos y franceses, muy abundantes en Estados Unidos y Canadá, pues tienen menos fusiones culturales que los hispanos. Pero, como es sabido, no se utiliza con ellos. También sería razonable de aplicar a rumanos y moldavos por ejemplo, pero tampoco se hace. Habría que preguntarse por qué entonces se emplea sólo con los hispanos cuando existen muchas menos razones históricas para ello que con los países que acabamos de señalar. Y la respuesta es muy sencilla: Porque los norteamericanos no tienen ningún interés en combatir esas otras culturas, y sí la de los hispanoparlantes por su gran y creciente peso en toda América.

Pero hay que reconocer que dicho vocablo despectivo no sólo lo están empleando los estadounidenses para definir a los hispanoparlantes, sino también cierta “intelectualidad progresista” hispana y, sobre todo, muchos de nuestros políticos y medios de comunicación, lo que les lleva a convertirse en cómplices de este intento de aniquilación cultural, además de hacer gala de una estúpida ignorancia.

En resumen, nuestra identidad cultural correcta, y por cierto muy digna, es la de hispanos. Y si de toda Sudamérica hablásemos habría que incluir a Brasil, siendo entonces el término apropiado iberoamericanos, por ser los

pueblos que la integran originarios de la península ibérica, la cual está compuesta por España y Portugal. Aceptar lo de “latinos” solo significa aceptar nuestra inferioridad con respecto a los norteamericanos que son quienes crearon el término con el fin de diluir y enterrar nuestras raíces. Táctica que, como ya dije, también emplearon con los indios para liquidar su cultura a base del uso de términos ambiguos e inexactos para denominarlos, con el fin de llevarlos a olvidarse de quienes eran, cosa que consiguieron.

Pero los anglosajones no emplean exclusivamente estas tácticas contra los pueblos que pretenden destruir. Las mismas suelen acompañarlas de otras complementarias pero igualmente eficaces y denigrantes. Una de esas otras tácticas consiste en crear una imagen distorsionada de toda una población, imagen que después reproducen en libros, películas y medios de comunicación, y se convierten en “*Ciertas”*. En el caso de los indios de Norteamérica construyeron e impulsaron la imagen de borrachos, salvajes y taimados, lo que evitaba remordimientos de conciencia a la hora de eliminarlos físicamente. En el caso de los hispanos parlantes han universalizado su imagen asociada al narcotráfico, a la ignorancia y a una apariencia chabacana, con el mismo fin de destruir las virtudes de su cultura y su propio aprecio.

Pues bien, recordemos quiénes somos y de dónde salimos los hispanos.

Somos personas que compartimos el mismo idioma, historia, y cultura, que el tiempo ha ido matizando por zonas geográficas según cada circunstancia particular, y que habitamos fundamentalmente en América y Europa. Pero por ejemplo Cervantes, el autor de la inmortal novela *Don Quijote* —como Shakespeare para los anglosajones— pertenece por igual al patrimonio cultural de todo mundo hispano con independencia del continente en que cada uno resida.

Nacimos con Roma en la península ibérica, entonces llamada Hispania, siendo participes muy importantes en la creación de lo que hoy conocemos como civilización Occidental. Los hispanos aportamos a ella hombres de primer nivel en los más diversos campos, como los extraordinarios emperadores Adriano, Trajano y Teodosio. O grandes intelectuales como Séneca, Lucano o Marcial. Ellos, igual que Cervantes, son antepasados compartidos por todos nosotros los hispanos. Por cierto, en esa época los nórdicos europeos —los futuros anglosajones— apenas eran unas tribus bárbaras en continuas luchas unas con otras. No sería hasta bastante más tarde cuando estos, también por la influencia de Roma, se integrarían en lo que conocemos como civilización occidental que hoy, con sus matices propios, compartimos culturalmente hispanos y anglosajones.

¿Y en qué consiste la civilización occidental que estamos compartiendo?

Las características fundamentales de esta civilización las determinó Roma, que fue la primera sociedad humana que marcó la línea que separa la civilización de la barbarie por medio de una serie de principios éticos, y uno de ellos, instituido por primera vez en la historia del hombre, fue convertir la *Vida humana* en un valor en sí mismo y un bien a proteger. Otra aportación clave a esa cultura occidental fue la Ley, que supone el máximo logro social alcanzado por el hombre en toda su historia, siendo Roma la creadora del derecho moderno y quien lo potenció convirtiéndolo en igualitario entre hombres y mujeres, entre clases sociales, y entre gobernantes y gobernados.

Desde entonces se procuró que la convivencia entre las personas fuese regulada por las leyes, e implantó como obligación primordial del Estado proteger a sus ciudadanos. Cierto es que no siempre estos principios han sido perfectos en su aplicación, y a lo largo del tiempo se dan pasos adelante y pasos atrás. Obsérvese, por ejemplo, la hecatombe que supuso la Edad Media donde casi todos esos avances desaparecieron hasta comenzar lentamente, siglos más tarde, su recuperación con el Renacimiento. Pero estas ideas, y el inicio de su puesta en práctica, las heredamos de Roma. Fue la primera sociedad humana que convirtió al ciudadano en el destino de la atención del Poder público. De hecho SPQR, que eran las siglas en latín con las que Roma firmaba todos sus decretos, significa “En nombre del Senado y del Pueblo de Roma”.

La última característica importante que fue incorporada a nuestra cultura occidental, dándole el cuerpo definitivo, nació en el siglo tercero cuando los emperadores Constantino y después Teodosio (un hispano) terminaron convirtiendo el cristianismo en religión del Estado Romano que siempre había sido laico. Poco a poco todos nosotros, hispanos y anglosajones, absorbimos los principios generales de aquella civilización y compartimos sus características básicas que pasaron a ser nuestras señas comunes de identidad y base cultural, aunque cada cual con sus propias singularidades producto del desarrollo histórico de cada pueblo.

Pues bien, en la creación de la cultura occidental la participación de la Hispania romana, es decir de nuestros antepasados, fue clave.

Entonces, ¿por qué ese complejo de inferioridad que nos coloca en posición casi defensiva con respecto a los anglosajones? Veamos si existen razones para ello.

En principio —es evidente—, América del norte funciona hoy mejor económicamente que las naciones hispanas. Esta realidad actual tiene clara influencia en el mencionado complejo. Pero hemos de saber que esto obedece sobre todo a dos causas. La primera es una razón histórica. Cuando España descubrió América —descubrió, colonizó o promovió el encuentro de culturas,

como se quiera expresar— trasladó allí las viejas estructuras sociales que tenía Europa por entonces, las cuales aún estaban en época casi medieval.

La emigración anglosajona fue más tardía, por lo que sus estructuras sociales y políticas cuando llegó a América estaban más modernizadas ya que el Renacimiento se iba poco a poco consolidando. Y, por otro lado, también influyó el hecho de que, a diferencia de España, no se trataba inicialmente de un proyecto de la monarquía inglesa sino, esencialmente, de familias que emigraban completas al Nuevo Mundo huyendo de las persecuciones religiosas —que también abundaban en Inglaterra como en toda Europa—del despotismo de los nobles, de los impuestos abusivos, y en busca de una vida mejor.

La segunda causa fue que Norteamérica, aunque a sangre y fuego por medio de una guerra civil, consiguió unirse en un solo país, cosa que el mundo hispano nunca ha logrado. Esto marca distancias importantes en los resultados económicos de unos y de otros países, distancias derivadas de la desigual dimensión de los distintos mercados internos.

Pero más allá de estos datos que explican en parte el presente, hemos de aceptar que todas las naciones de la tierra, sin excepciones, tienen razones para estar orgullosas de su pasado y también razones para avergonzarse de él. Y depende quien cuente la historia procurará ocultar sus vergüenzas o resaltar en voz en grito sus propios mitos, aunque sean falsos. Hoy día la mayor potencia de comunicación la tiene el mundo anglosajón por medio de la televisión y el cine, con los que consiguen imponer sus "*verdades*", logrando hacérnosla aceptar a los demás como propias a base de repetirlas una y otra vez.

En este aspecto hay que reconocer que los hispanos tenemos la peligrosa costumbre —defecto que los anglosajones no tienen— de ir quemando continuamente nuestro pasado. De forma que si en uno de nuestros países se produce un cambio de régimen político o, incluso, sólo de partido político, los recién llegados reescriben inmediatamente la historia, deslegitimando a sus antecesores, con el fin de legitimarse ellos mismos y conseguir conservar el poder todo el tiempo posible. Esto es muy negativo para las sociedades humanas pues terminan perdiendo la conciencia de quienes son al ir borrándose continuamente sus orígenes y referencias históricas, convirtiéndose en sociedades muy inestables igual que lo sería un árbol sin raíces. Los anglosajones, haciéndolo mucho mejor que nosotros, asumen su historia en el entendimiento de que cada fase de ella ha tenido su aportación positiva, y ocultan o minimizan las cosas que hicieron mal.

Voy a compartir con usted varios ejemplos de esto, todos irrefutablemente históricos, con los que se puede comprobar cuán fácil es manipular la historia con el fin de humillar al rival y de ensalzarse uno mismo, si se cuenta con los

medios adecuados.

Para empezar hablemos de cuál fue la realidad del comportamiento de los hispanos en la colonización de América, y cuál fue el comportamiento de los anglosajones en la suya.

Comencemos por aceptar que la historia de la humanidad es la historia de unos pueblos que crecen y que, en su crecimiento, terminan entrando en contacto unos con otros. Generalmente estos encuentros no suelen ser amables. Cuando suceden, el pueblo de mayor madurez evolutiva suele terminar por absorber al menos desarrollado. Y eso, inevitablemente, siempre tiene episodios de violencia y crueldad. Sin excepciones. Así es la historia de la humanidad, y así sucedió también con la conquista o colonización —como queramos llamarla— de América por los europeos.

Pero analicemos primero la colonización hispana.

Creo que para ello es muy ilustrativo el testimonio escrito de uno de los sacerdotes que fueron en aquella época desde España a América con el fin de predicar el cristianismo entre los nativos, fray Bernardino de Sahagún, misionero franciscano, autor de varias obras en náhuatl y en español, consideradas hoy entre los documentos más valiosos para la reconstrucción de la historia del México antiguo.

En su “Historia general de las cosas de la Nueva España”, escribía sobre los indígenas: *"Las gentes se van acabando con gran prisa, no tanto por los malos tratamientos que se les hacen, como por las pestilencias que Dios les envía. En 1520, cuando echaron de México por guerra a los españoles, hubo una pestilencia de viruelas donde murió casi infinita gente. Después de haber ganado los españoles esta Nueva España, en 1545, hubo una pestilencia grandísima y universal, donde murió la mayor parte de la gente que en ella había. Ahora, en agosto de 1576, comenzó una pestilencia universal y grande, la cual ha ya tres meses que corre, y ha muerto mucha gente, y muere y va muriendo cada día más".*

Esta inmensa crisis sanitaria sucedió, a criterio de los historiadores especializados y de los conocimientos actuales en medicina, por lo siguiente: aunque las poblaciones originarias de América son producto de migraciones provenientes de Asia, tales desplazamientos habían sucedido hacía decenas de miles de años y luego no hubo más intercambios, por lo que los patógenos traídos por los españoles resultaron, involuntariamente, nuevos y fatales para los nativos. Y sobre ello este misionero sigue diciendo: *"Muchos fallecieron en las guerras y otros por los excesos de la esclavitud a la que fueron sometidos, pero no cabe duda de que la principal causa de mortandad fueron las enfermedades".*

En definitiva, la colonización hispana, como todas, tuvo episodios de desafortunada violencia aunque la mayor parte de muertos de la población nativa fue por causas de enfermedades víricas para las que no estaban inmunizados. Evidentemente no había ninguna estrategia genocida en esto pues los propios portadores de esos virus no tenían ni idea de ello. De hecho, como pasa con todo lo que nos es desconocido, esas epidemias se atribuían a razones divinas.

Sea como fuere, gran parte de los ciudadanos que hoy componen las diversas naciones hispanoamericanas son los descendientes de aquellos que llegaron de España, para bien y para mal, pero es muy positivo para ellos conocer su historia sin tanta distorsionada leyenda negra proveniente del mundo anglosajón, y a veces del propio mundo.

Así que, siguiendo con la historia de América, es conveniente saber que los indígenas también tenían muchas cosas de las que avergonzarse, además de otras positivas. Desde luego no eran unas tribus en feliz convivencia que vinieron a pervertir los europeos, como algunos indigenistas quieren presentar. Por ejemplo, los mexicas eran un pueblo que practicaba el canibalismo salvajemente. No como un acto anecdótico de carácter ritual y religioso como se pretende justificar. Eso es una falsificación de la historia. La realidad comprobada es que cazaban y secuestraban a personas de las otras tribus nativas, las encerraban en una especie de corrales para cebarlas y después se las comían, reservándose los reyezuelos —como Moctezuma— las partes que consideraban más exquisitas tras sacrificarlas lentamente y arrancarles el corazón aun palpitante.

De hecho fue el odio de las demás tribus hacia los mexicas lo que las impulsó a unirse al español Hernán Cortes en contra de aquellos. No olvidemos que el español apenas contaba con quinientos hombres, y con tan escaso número de soldados es imposible conquistar tan extensos territorios sin la alianza, complacencia y ayuda de miles de nativos. Lo que allí sucedió fue lo más parecido a una rebelión de las tribus autóctonas más débiles contra la potencia que los esclavizaba y mataba, los mexicas.

El resultado final, al pasar el tiempo, fue que abrazaron en gran medida la cultura hispana, incluida la religión y el idioma, y a partir de ahí comenzó a proyectarse la hispanidad con todos sus defectos, pero también con todas sus virtudes entre otras la ausencia de racismo —a diferencia de los anglosajones en el norte de América— que permitió una mejor integración entre los indígenas y los que llegaban de Europa.

Ahora hablemos de la colonización anglosajona de América

Como podrá comprobar a continuación los norteamericanos han creado su exitosa sociedad actual sobre la casi total exterminación de las personas que se

encontraron allí. Y a pesar de ello, mintiéndose asimismo, se atreven a dar lecciones morales al resto de sociedades. Los anglosajones en general, y los norteamericanos en particular, son grandes desconocedores de su propia historia porque la que aprenden está tan manipulada que, como se advierte en los films, *"cualquier parecido con la realidad es pura coincidencia"*.

Y, hablando de films, uno de los argumentos más repetidos en las películas del oeste es aquel que cuenta como unas familias de honrados y laboriosos pobladores intentan ser expulsados de sus tierras por un perverso individuo con dinero, rodeado de matones violentos. Pues bien, si lo observa, esto es exactamente lo que sucedió entre norteamericanos e indios. Solo que estos —los indios— eran los honrados pobladores y los norteamericanos los matones violentos. Pero esta historia, que fue la real, Hollywood no la cuenta en sus guiones.

Sin más dilación vayamos a la colonización de Norteamérica por los anglosajones. Nos vamos a apoyar para hablar de ello, entre otros, en los datos y hechos expuestos por el prestigioso sociólogo norteamericano James William Loewen. Éste publicó en 1995 un libro en Estados Unidos, que en poco tiempo se convirtió en best-seller, con el elocuente título de «*Las mentiras que mi maestro me contó:En qué se equivocan los libros de Historia de los Estados Unidos»***.**

Loewen demostraba que los estadounidenses habían perdido el contacto con la historia de su país porque los libros de texto no estaban pensados para formar, sino para adoctrinar.

Demuestra también, fuera de cualquier duda razonable, que el episodio sobre el que más se ha mentido es el de los indios americanos. En los libros seguían apareciendo como algo exótico, presentados con expresiones antiguas y racistas, y ocultando el genocidio que sufrieron. *"En realidad* —decía Loewen— *no hay comparación posible con el tratamiento que vivieron los indios en la América española. De hecho, mientras que en Estados Unidos solo hay un 1% de población indígena y «mestiza» y en Canadá un 4%; en Honduras es el 96%, Ecuador el 92%, Bolivia el 88%, México y Perú el 85%, Nicaragua y Guatemala un 82%. Es decir, si hay que tirar estatuas no deberían ser precisamente las de Colón y los españoles. Es más, si Norteamérica hubiera estado en manos del Imperio español hoy el porcentaje de indígenas sería equiparable al de los países citados"*.

Esta enorme diferencia de resultados es fruto de que los españoles —a pesar de todos los desatinos dichos en su contra— desde el inicio desarrollaron un cuidado legal con los indios americanos y procuraron su equiparación con la metrópoli. La corona española insistió en el trato humano hacia los nativos, entre otras prohibiendo su esclavización aunque no siempre se cumplió. De

hecho la educación y la evangelización, la tecnificación de la producción, las comunicaciones, y la ordenación urbanística estuvieron casi tan desarrolladas como en la España de entonces. La prueba definitiva de esto es que los posteriores procesos de independencia fueron protagonizados por criollos que ya disfrutaban de una forma de vida acomodada. Esto en el caso de Estados Unidos hubiera sido imposible, pues casi no existían ni criollos ni nativos vivos para organizar una rebelión.

A estos mismos respectos es también muy ilustrativo el estudio que en 1996 publicó Gregory H. Stanton, presidente de la Campaña Internacional para Terminar con los Genocidios. En dicho estudio presentó al Departamento de Estado de Estados Unidos la descripción de las diversas etapas del genocidio perpetrado por los anglosajones con los indígenas en América del norte.

Primero –explica— *se produjo la clasificación de los nativos en función de la etnia, la raza o la religión. Segundo, la simbolización biológica: los "pieles rojas", o, en el caso de que no fuera visible, su determinación por medio de la vestimenta o de un signo. En tercer lugar ocurrió la discriminación legal: los nativos no eran ciudadanos como los norteamericanos y, por tanto, carecían de derechos.*

Luego se procuró la deshumanización para eliminar la barrera psicológica moral. Es decir, que a las mentes religiosas de los norteamericanos no les pesara la discriminación o la muerte de los nativos, como si de animales se tratasen. Esto fue sencillo en el caso norteamericano porque, para conseguirlo, usaron los nombres de los indios asociados a la naturaleza, como Toro Sentado, con el fin de animalizar a los nativos. La organización de la liquidación humana fue el paso siguiente, lo que se llevó a cabo por medio de las fuerzas militares, los conocidos "casacas azules". Después vino la provocación de un enfrentamiento contra ellos, una guerra, a la que siguió una "solución final" en forma de un apartheid, que en este caso llamaron "reservas indias". Las tribus fueran echadas de sus propiedades, expropiadas a la fuerza, y confinadas en territorios donde fueron maltratadas, asesinadas o dejadas morir de hambre. Por último, tuvo lugar la ocultación de la Historia. De esta manera estos hechos pueden desaparecer para siempre de la realidad y de la memoria, ya que apenas quedan testigos.

Las revueltas nativas fueron castigadas con masacres. Las películas del Oeste distorsionan totalmente la realidad. En las batallas de Sand Creek o de Wounded Knee, por ejemplo, se usaron obuses para matar a mujeres, niños y ancianos. Pero no terminó ahí. Para acabar con su fuente de alimentación, entre 1872 y 1873, el general Philip Sheridan ordenó matar a los búfalos: mataron más de tres millones y medio. En California se organizó un auténtico genocidio y esclavitud de los nativos. La Ley para el "Gobierno y Protección

de los indios" de 1850 permitía esclavizarlos y vender a los niños. Al no ser considerados personas los asesinatos y las masacres se multiplicaron, algunas realizadas por milicianos sufragados con fondos públicos. En 50 años la población india de California pasó de 150.000 a 15.000, y no por enfermedades. En 1879 el Gobierno Americano emprendió la tarea de "matar al indio y salvar al hombre". Arrancaron a los niños de sus familias para meterlos en escuelas públicas con el fin de educarlos en otros valores y cultura. Se les prohibió su religión y su idioma, aplicando castigos severos a quien incumplía; y trabajaban, en el mejor de los casos, como criados. Y el cinematográfico, y supuesto héroe, teniente coronel Custer, como saben todos los historiadores, no fue más que un insensato asesino de niños y mujeres, que murió en una disparatada acción bélica buscando su lucimiento personal y fracasó.

Todo esto es real. Y todo ello lo esconden los anglosajones a base de películas, manipulación de los libros de historia, medios de comunicación cómplices, y distrayendo la atención hacia la colonización hispana —con una crítica sesgada cuando no totalmente falsa— que jamás tuvo comportamientos de esta naturaleza. Confieso que me daría vergüenza pertenecer a un mundo, el anglosajón, que ni siquiera tiene la hidalguía de reconocer sus salvajadas; o, al menos, el valor de pedir perdón por ellas a los pocos nativos vivos que quedan, en vez de intentar ocultarlas y dar lecciones de hipócrita moralidad.

Sí, es un orgullo ser hispano. Cometimos errores, pero nunca hicimos nada remotamente similar a la barbarie anglosajona como demuestran los datos demográficos expuestos anteriormente. En el Sur y Centro de América, como decíamos, las poblaciones indígenas son muy abundantes, mientras en el norte, incluyendo a Estados Unidos y a la "civilizada" Canadá, prácticamente han sido liquidadas.

Los anglosajones llevan el racismo con ellos. Es una característica que le es propia como a ningún otro pueblo de la tierra. Fueron los creadores del Ku Klux Klan, fenómeno que no se ha dado en ninguna otra cultura. Incluso el presidente Wilson del partido demócrata, en pleno siglo XX —es decir, mucho después de la abolición de la esclavitud— apoyaba firmemente este movimiento infame. Y más tarde, con una filosofía similar, el presidente Roosevelt encerró a decenas de miles de familias japonesas, y también a alemanas e italianas —siendo todos ellos ciudadanos americanos de pleno derecho— en campos de concentración, sin el más mínimo amparo jurídico, durante toda la Segunda Guerra Mundial.

Pero de esto tampoco hablan sus libros de historia, sus películas y sus medios de comunicación a pesar de que afectó a más de 120.000 personas.

No, no creo que los anglosajones puedan darnos ningún tipo de lección

ética o de civismo a los hispanos. Nosotros nunca hicimos cosas como estas. Son ellos, si conociesen bien su historia, quienes deberían estar avergonzados.

Tampoco los hispanos hemos tenido como gobernantes a asesinos en serie como a Enrique VIII, entre otros. El mundo anglosajón sí y, a pesar de ello, cuando cuentan la historia de este rey asesino lo hacen olvidando, como si se tratase de un personaje simpático y algo excéntrico, a las decenas de miles de personas —no solo a varias de sus esposas— que asesinó por motivos políticos y religiosos; calculándose las víctimas, según los historiadores más prudentes, en un mínimo de cincuenta mil.

Las víctimas de la inquisición española son números ridículos comparado con los asesinatos de Enrique VIII. Pero, a pesar de ello, es mucho más criticada que el rey inglés. Dichas víctimas se calculan entre cinco y diez mil -según las fuentes- durante los trescientos años que duró esta institución. Y todos sin excepción la hemos reprobado —comenzando por los propios españoles— pues fue una muestra de intolerancia religiosa la cual, por cierto, invadió a toda Europa —igual que ahora al mundo árabe— y no solo a España.

Pero sigamos con notables hechos históricos escondidos por los anglosajones.

Hay pocos hispanos y anglosajones que no conozcan el amargo episodio de la “Armada Invencible” que costó la vida a 11.000 hombres. Pero muy pocos saben —ha sido muy hábilmente ocultado por la historiografía inglesa— que en 1589, o sea un año después del desastre de la Gran Armada de Felipe II, Inglaterra reunió una flota aún mayor que la española, la cual fue derrotada en los puertos españoles y portugueses. Se la conoce como la “Contra Armada”, y significó un desastre mucho mayor para los intereses ingleses que la anterior para los españoles. Pero Inglaterra consiguió ocultar este vergonzoso descalabro durante siglos. Descalabro en el que murieron más de 20.000 ingleses. Y manipuló con tanta eficacia la propaganda que “*la Verdad*” que ha permanecido y penetrado en el acervo cultural popular es que tras la “Armada Invencible” se inició la caída del Imperio Español —nada más lejos de la realidad—, y esta eficaz manipulación también ha logrado que poca gente conozca, incluso hoy día, la “Contra Armada” inglesa y su ruina.

Otro ejemplo de sutil manipulación de la historia es el debate sobre el propio descubrimiento de América. Existen algunas personas que afirman que ni siquiera existió tal descubrimiento pues si aquellas tierras tenían habitantes significaba que ya estaban descubiertas. Pero esta apreciación es errónea. Efectivamente, antes de 1492 habían llegado, hacia miles de años, personas desde varios lugares —sobre todo asiáticos— pero ninguna había vuelto. Se instalaron allí y se aislaron del resto del mundo.

"Descubrir" consiste en llegar a una tierra desconocida por la mayoría e integrarla con el resto de naciones. Esto fueron los españoles, y sus descendientes los hispanos actuales de América, quienes lo lograron. Pero observe cuan sutilmente se manipula la verdad. Los anglosajones, con tal de no conceder ningún reconocimiento a los hispanos señalan a Colón, que era un empleado de la corona española, como el descubridor del Nuevo Mundo —incluso celebrando el día de Colón— cuando en realidad aquello fue íntegramente un proyecto de dicha corona española, pues aquel trabajaba para esta, que fue quien lo financió, puso los medios materiales y aportó la casi totalidad de hombres que se embarcaron en la expedición inicial y las posteriores. Colón actuaba en nombre de España y no en el propio. Por tanto es indudable que los hispanos fuimos quienes descubrimos América y la incorporamos al mundo dándola a conocer al resto de naciones, por más que les cueste aceptarlo a ingleses y norteamericanos.

Si lo piensa un momento verá que esta manipulación es tan disparatada como sería otorgar el mérito de la llegada a la Luna al ingeniero alemán Wernher von Braun que desde joven tenía la obsesión de los vuelos espaciales. Durante años estuvo intentando que los poderes públicos americanos pusieran en marcha un programa espacial sin lograrlo. Pero cuando la Unión Soviética, en plena guerra fría, lanzó al espacio el primer sputnik los estadounidenses tuvieron que recurrir a él para no quedar atrás, ya que sus propios ingenieros no eran capaces de lograrlo pues sus cohetes estallaban, uno tras otro, en las rampas de lanzamientos con el consiguiente ridículo. Fue este ingeniero alemán, y su equipo de técnicos germanos, quienes proyectaron y diseñaron los cohetes Apolos que llevaron al hombre a la Luna. Así que, si usamos el mismo principio que sobre Colon y el descubrimiento de América, se podría afirmar que quien lideró el viaje a la Luna fue von Braun y sus colaboradores alemanes. Por cierto, este ingeniero había sido un oficial nazi de las SS, y el creador de las V-2 con las que tantos civiles fueron asesinados. Sería razonable esperar que los norteamericanos se sintieran avergonzados por esto, aunque tampoco hablen mucho de ello en sus medios de comunicación, libros de historia y películas.

También han conseguido ocultar que Inglaterra ha sido la única nación del mundo que oficialmente ha traficado con drogas, como si de un vulgar "*narco*" se tratase. Lo hacía en China durante el siglo XIX con opio que ella misma producía en la India. Tan grande era ese tráfico de estupefacientes que el gobierno del país asiático alarmado por sus efectos nefastos sobre la población intentó impedirlo. La corona inglesa, en defensa de su "negocio", le declaró la guerra inmediatamente y desencadenó el conflicto bélico conocido como "la guerra del opio", venciendo con su marina y continuando con el comercio de drogas que la enriquecía.

A final de ese mismo siglo XIX tenemos otro episodio bastante desconocido para mucha gente, porque tampoco suele salir en los medios de comunicación y en los libros. En ese tiempo se produjo una guerra entre filipinos y estadounidenses, tras la salida de Filipinas de los españoles que la habían poseído durante trescientos años. Evidentemente los americanos no fueron a descolonizar, fueron a ocupar el archipiélago dado su valor estratégico en el océano pacífico. Pues bien, el número de filipinos muertos en dicha guerra, como consecuencia de los enfrentamientos, torturas y ejecuciones de los norteamericanos, sobrepasó el millón de personas. Es decir, liquidaron a más del 10% de una población que en 1899 suponía, entre todos los islotes, un total de nueve millones. Tal situación pasó a ser considerada como un genocidio.

Insisto, no hay muchas razones para sentirse orgulloso de ser anglosajón aunque sus cadáveres históricos los escondan detrás de sus películas, medios de comunicación y libros de historia en los que casi siempre se presentan asimismo como héroes desinteresados y hombres valientes.

Como tampoco es para sentirse orgullosos por el bombardeo de Dresde (Alemania) en 1945 con el que, desde la impunidad del aire, ingleses y americanos masacraron a la población civil de esa ciudad por decenas de miles, cuando ya a los alemanes no les quedaba fuerza aérea alguna para oponérseles y la guerra estaba más que decidida, lo que los hacía totalmente innecesario desde el punto de vista de utilidad militar. Al lado de esto lo de Guernica fue una cosa minúscula, pero Picasso no pintó un cuadro de la matanza de Dresde…

Si conoce la historia de verdad comprobará que es un orgullo pertenecer al mundo hispano pues nunca del mismo nacieron acciones tan siniestras, ilegitimas y premeditadas.

También es indudable que mientras mejor se conoce la historia se hace más incompresible todavía que los hispanos tengamos desde hace tiempo tan pobre opinión sobre nosotros mismos. Pero existen otras razones históricas que aportan luz a este asunto.

Tras el descubrimiento de América por España ésta se terminó convirtiendo en la primera potencia mundial. Sus enemigos europeos, que ambicionaban suplantarla todo lo posible en los nuevos territorios descubiertos —sobre todo Inglaterra, Francia y Holanda— se encargaron de pintar con exagerados colores negativos la actuación española en el Nuevo Mundo, con el fin de intentar desprestigiarla y sustituirla. Para ello les fue muy útil un nuevo invento de entonces, que facilitó notablemente la expansión de la propaganda anglosajona. Dicho invento fue la imprenta creada por Gutenberg. Pero la cosa, por desgracia, no ha cambiado demasiado, porque ahora en pleno

siglo XXI la potencia de la industria del cine y la televisión de Hollywood como exportadora de ideas y de “verdades históricas” sigue haciendo una labor de propaganda en el mismo sentido, pero aún más potente que la de los antiguos libros impresos.

En definitiva, hace mucho que la historiografía occidental ha estado dominada por el mundo anglosajón, fundamentalmente por ingleses y norteamericanos, porque han contado con los medios más poderosos de difusión. Esto ha provocado que desfiguren la historia a su antojo de forma muy significativa, y que incluso hayan logrado que nosotros los hispanos la lleguemos a aceptar como cierta. Mientras, por el contrario, sus actos de barbarie quedan ocultos o empequeñecidos para la mayor parte de personas.

Como dije los hispanos tampoco estamos exentos de errores y abusos violentos, que ya se encargan los demás de recordárnoslos continuamente, pero generalmente han correspondido a comportamientos individuales más que a fríos criterios estratégicos institucionales. El de los anglosajones ha nacido de estrategias perfectamente estudiadas y premeditadas por sus poderes públicos, lo que adquiere una valoración ética diferente pues estamos ante eventuales crímenes de estado.

Los hispanos tenemos mil razones para estar orgullosos de serlo, pues fueron nuestros antepasados quienes descubrieron América e integraron a ésta en el resto del mundo, e introdujimos valores, a través de la religión, que eliminaron algunos hábitos salvajes existentes en las tribus nativas más poderosas.

Por otro lado, nuestra común cultura hispana no sólo no tiene nada que envidiar a la anglosajona sino que la supera claramente en muchos aspectos. Dicha cultura hispana, junto con la griega y romana, es la más relevante en la historia de occidente.

Los pintores más significativos del siglo XX han sido Picasso y Dalí, ambos hispanos. Del mundo de la literatura no tendríamos suficientes páginas para mencionar a todos los importantes. Nombraremos sólo a algunos como recordatorio: Octavio Paz, Juan Rulfo, Garcia Márquez, Pablo Neruda, Vargas Llosa, Juan Carlos Onetti, Julio Cortázar, Isabel Allende, Borges, Jose Martí, Roberto Bolaño, Miguel de Cervantes, Garcia Lorca, Bécquer, Quevedo, Unamuno, Lopez de Vega, Perez Galdós, Vicente Alexandre, Cela… La lista es interminable, y todos ellos pertenecen a nuestro idioma. Ninguna otra cultura en el mundo literario goza de tal cantidad y calidad.

Actualmente las músicas y ritmos hispanos penetran en todas las ciudades de la Tierra, y en los deportes más populares aportamos grandes figuras; todos conocemos a grandes mitos mundiales hispanos del tenis, futbol, béisbol, etc. El área de la intelectualidad y de la ciencia está llena de nombres hispanos. Y

no digamos nuestra gastronomía, indudablemente la más variada de la Tierra. Muy superior a la francesa, italiana, china o japonesa que no cuentan con la gran diversidad y calidad de la española, mexicana, argentina, colombiana o chilena, por solo señalar algunas de ellas. Por cierto, la anglosajona ni aparece en competición por lo limitado de su arte culinario.

No obstante, debemos reconocer que existen también otros aspectos donde los anglosajones superan a los hispanos. Uno de ellos es en la calidad de sus políticos, periodistas y enseñantes, tanto de colegios como de universidades, los cuales suelen estar por encima del ciudadano medio e intentan, con éxito, impulsar el orgullo de pertenecer a su cultura, aunque sea mintiendo en la historia que cuentan sobre ellos mismos y sobre los demás.

Por el contrario los políticos, periodistas y enseñantes del mundo hispano, salvo honrosas excepciones, conforman unas castas parasitarias y endogámicas, por debajo del nivel del ciudadano medio, cuyo único objetivo suele ser mantener su propio estatus, pero con un nivel de ignorancia tan alto que no son capaces de conocer su propia cultura y su historia, haciendo suya la que cuentan los anglosajones y convirtiéndose en cómplices de las falacias de estos.

"¡Qué buen vassallo, si oviesse buen señor!". Quizá sea éste el más famoso de los versos del medieval *Cantar de Mio Cid.* Pero lo curioso es que muchos siglos más tarde aún continúa siendo de aplicación en el mundo hispano.

De hecho es aquí donde podemos encontrar otra de las causas del complejo de los hispanos con respecto a los anglosajones. Es resultado, entre otras razones ya indicadas anteriormente, de que la mayor parte de nuestros políticos, periodistas y enseñantes, dado su alarmante nivel de ignorancia, son incapaces de trasmitir la importancia de ser hispano, y explicar con orgullo que la cultura hispánica es una de las de mayor influencia en toda la historia de la humanidad por lo que ha aportado a la misma, y continúa aportando.

Dicha ignorancia, entre otras, les ha llevado también a algunos políticos de países hispanos a solicitar a España que pida perdón por la colonización americana olvidando que son los mismos solicitantes, y sus propios antepasados, quienes la protagonizaron. La ignorancia asimismo les lleva a no saber que todos los pueblos de la tierra, en ese supuesto, tendrían que andar pidiéndose perdón unos a otros —incluida aquellas tribus indígenas que cazaban y se comían a las demás— pues siempre existen razones en la historia de los pueblos para avergonzarse, aunque también para enorgullecerse.

En cualquier caso si los hispanos debemos solicitar perdón, de acuerdo con lo realmente acaecido en América, para los anglosajones ni siquiera este gesto sería suficiente expiación de sus culpas dada la magnitud de sus hechos.

Aunque es cierto que tienen una ventaja práctica sobre nosotros y que les facilita la expansión de su propaganda, además de la que supone controlar los grandes medios de comunicación y el cine. La ventaja nace de que apenas dejaron nativos vivos para que pudiesen protestar. Mientras, por el contrario, en los países hispanos la población indígena es muy abundante, incluso mayoritaria en algunas naciones, y por ello se pueden oír altas sus voces hoy día.

Todo esto que hemos comentado con respecto al nivel de ignorancia de políticos, periodista y enseñantes en muchos países hispanos tiene una enorme importancia, pues es también una de las causas por la que dichos países tampoco terminan de despegar económicamente. En general en las sociedades hispanas casi siempre suelen ser mejores los gobernados que los gobernantes, como decía "*El Cantar de Mío Cid"*.

Pero, en conclusión, a pesar de todos los inconvenientes y discrepancias existentes entre los americanos del norte y del sur ambos están condenados a entenderse, y eso ha de comenzar a fraguarse lo antes posible. Pero este movimiento solo será factible desde el respeto mutuo y el abandono de actitudes negativas de los unos para con los otros. Siendo, desde luego, una de las acciones prioritarias e imprescindibles para conseguirlo comenzar a reescribir la historia con una mayor dosis de veracidad en el norte de América.

Thomas Jefferson, Padre Fundador y tercer presidente norteamericano, dijo: "*La historia de Estados Unidos se escribe en español"* Esta verdad, que el tiempo ha ido difuminando por la manipulación anglosajona, debe ser retomada con fuerza porque el futuro no permitirá lo contrario. América ha de pensar en compartir de forma unida los inmensos recursos que tiene como continente, articulando sus países en una federación, pues todos se beneficiarán con ello y especialmente los del norte, si no quieren verse convertidos en una potencia de segunda clase, situación a la que no están habituados.

Los americanos aún están a tiempo para aprender de los errores de sus parientes europeos y unirse todos ellos. Estos, los europeos, al ser incapaces de desterrar sus diferencias producto de trasnochados nacionalismos, se están viendo desplazados a la irrelevancia mundial, refugiándose sus ciudadanos en melancólicos y decadentes fulgores del pasado.

En conclusión, no hay futuro para América si no comienza a pensar y actuar como una unidad, principio aplicable también a Europa. A ambos les puede pasar como a los antiguos griegos, los cuales, perdidos en las disputas internas de sus muchos pueblos divididos, no vieron que por el oeste de ellos emergía una gran potencia, Roma, que terminaría tragándoselos a todos.

Víctor Saltero

Septiembre 2021